

Matronas

por Yolanda Arroyo Pizarro

My home now seemed more dreary than ever. The laugh of the little slave-children sounded harsh and cruel. It was selfish to feel so about the joy of others. My brother moved about with a very grave face. I tried to comfort him, by saying, "Take courage, Willie; brighter days will come by and by."

"Incidents in the life of a Slave girl"
— Harriet Jacobs

1.

El hombre recién ingresado al calabozo viene vestido de monje. Pienso en la posibilidad de que sea un fraile católico. También puede ser un sacerdote o un aspirante, de esos denominados seminaristas. Los blancos, a los aspirantes, le dicen por un nombre que ahora no recuerdo. Son tantas las palabras que no recuerdo ya. A veces me molesta darme cuenta que desconozco totalmente la frase para llamar a las jirafas. Cuando entro en el pánico de lo que he olvidado, inicio un recuento mental: pedirle a mi madre que me abrace, gritar por comida, convocar a las hermanas, bromear con los infantes. Esas frases las recuerdo perfectamente en mi idioma. Hay otras que llegan a mi mente en otras lenguas, dependiendo la cantidad de tiempo que haya pasado en algunas plantaciones rodeada de gente de otras castas. También recuerdo palabras en castellano: las nanas cantadas a los hijos de los amos, las recetas aprendidas en el puerto español, las especias del mercado, la confección de carnes, las oraciones de los santísimos cristianos. Además sé un poco de la lengua de los nativos, aquellos que los blancos llaman taínos y que escasean. Y si me concentro lo suficiente mientras purgo el castigo de los once días encerrada en esta cárcel, en medio de esta soledad, puedo recitar algo así como un himno entonado por los holandeses, un tipo de cántico en el que desprecian a la tierra denominada Francia.

Pero ahora ya no estoy sola. Han entrado a la mazmorra el capataz y el sereno, acompañados del hombre vestido con túnica. Una sola vez usé un atuendo de vestir igual a

ése, mientras intentaba escapar con un grupo de mandingos. Los negros mandingos salieron del mar una tarde mientras me encontraba haciendo trabajos en la playa, camino al trapiche Segovia. Eran negros fugados que se habían lanzado de la embarcación antes de esta atracar en puerto. Nadie los había visto, o al menos, nadie aún los buscaba. Me cubrieron con una sotana mojada que les sobraba y me uní a ellos. Eran tres hombres y una mujer malnutridos y deshidratados. Los dirigí a robar alimentos y continué a su lado por voluntad propia, a pesar de que al quinto día los hombres se amancebaron conmigo sin yo consentirlo. La mujer miró hacia otro lado, temblorosa. Luego se acostaron con ella también. No soy de la casta de los mandingos, pero cierto tipo de lealtad me hizo no dejarles y fungí como traductora ya que varios no entendían el idioma de los amos. Aunque no soy ladina lo entiendo a la perfección. Lo entiendo pero lo guardo como secreto.

2.

El hombre monje es blanco, pero diferente. Creo descubrir una mirada de sorpresa y compasión en sus ojos rosados, si es que eso existe entre los conquistadores. Incluso entre sacerdotes y monjas, nunca identifiqué sentimiento alguno de solidaridad. Este hombre es distinto. Tiene algo distinto.

¿Hablas castellano?, pregunta y me le quedo mirando esa primera vez. Finjo que no he comprendido y el capataz me pega en el rostro alegando que sí sé. Me exige que conteste, pero me quedo observando al monje en silencio. Se toca el pecho y dice Petro. Yo hago lo mismo y contesto Ndizi. Él lo repite, pronunciando tres sílabas por separado de modo profusamente nasal. Digo que sí con la cabeza.

Acto seguido Petro inicia un recital de dialectos zonificados, intentando suertes: kimbundu, mandingo, bantú, francés, holandés, creoles derivados de éstos. Debo tener cuidado con este hombre, anoto en mi cabeza. Debo recordar no contarle jamás todo lo que sé, lo que he visto, lo que he sentido. Decido contestarle en la lengua de los yoruba y él sonrío. Como mejor puede, me dice en el idioma: prometo practicar más el yoruba para regresar a hablar en unos días contigo. Sin querer, yo también sonrío. El capataz y el sereno no parecen contentarse.

Un rato más tarde Petro se despide y se marcha. Lo observo caminar mientras sale de mi celda. Cruza la puerta que da camino hacia afuera, hacia la libertad, de donde yo no soy. Antes era mía. Antes, en mi natal aldea, donde jugaba con la manada de cebras y mis abuelas, que eran varias, me enseñaban a confeccionar póćimas. Cuando pienso en libertad siempre

pienso en todas las palabras de todos los lenguajes que conozco, en donde esta expresión quiere decir algo. Y me sucede como con la palabra pereza o descanso; no recuerdo su significado en todos los idiomas que me sé. Tampoco sé cómo se dice látigo en wolof, aunque pueda pronunciarlo en congolés. Entonces el capataz y el sereno vuelven a golpearme, a amarrarme y a penetrarme con sus penes rancios.

3.

La segunda vez que Petro nos visita (y digo nos, porque ahora tengo más compañía, han encarcelado junto a mí a una nueva comadrona), llega con un libro que en principio presiento es la biblia. Luego me doy cuenta que no lo es. Son una serie de papeles en los que ha escrito algunas frases en yoruba. Me las lee y le contesto. Pausadamente. Imitando el desconocimiento que demuestran los novicios de una lengua. Me pregunta la edad y le digo que según el conteo de las tribus del norte, tengo treintitantos años. Pero aclaro, en imperfecto español, que fui apresada por el imperio de los negros de la costa y vendida a los blancos hace más de quince. Hecha cocinera, obrera de la caña y comadrona hace más de diez. Qué cocinas, pregunta él en cristiano y le refuto, ahora en lengua esclava lo primero que se me viene a la mente, algo que tiene que ver con la cocción de cerdos degollados, mollejas, rabos y orejas de animal. Le cuento cualquier cosa, con pocos detalles, pero en realidad sé cocinar todo lo que me pongan de frente, y de modo exquisito. Puedo incluso con-feccionar veneno de lenta interacción, aderezado con guarapo y canela.

Petro enuncia algunos fonemas espaciados, otros más fluidos. Construye frases con la conjunción de una palabra que parece ser *mtoto*, /*m. 'to.to/ child / petit nené*, o algo parecido. Asiento con la cabeza y él me mira largo rato. Me mira queriendo saber si es cierto de lo que se me acusa.

La comadrona a mi lado llora y él se confunde. Piensa que llora por los niños muertos.

4.

Rememoro, entre dormida y despierta, las fogatas realizadas durante el escape con los yorubas. Encendemos piras con residuos de madera y palmeras porque hace frío de noche y es demasiado oscuro. Logramos acceso a varias cuevas hasta sentirnos seguros de haber dejado atrás a nuestros perseguidores. En ellas colocamos antorchas, descansamos y esbozamos un plan para regresarnos al continente. Luego de varias horas de argumentos nos

damos por vencidos. No va a suceder. Necesitaríamos recursos, barcazas, armas, suministros para el viaje de vuelta y otros menesteres que no poseemos. Concluimos que lo mejor es morir, antes que humillarnos al opresor y hablamos de algunos hermanos nuestros, expertos en la práctica del suicidio compasivo, que ya lo han logrado y que han dejado instrucciones como legado. Menciono el caso de Undraá, forzada a cohabitar con todos los hombres blancos de la nao en la que viajamos desde el continente hasta esta isla, mujer conocedora del mar y sus especies por vivir tantos años siendo parte del grupo de pescadoras amarillas. Esperó estar en altamar, cerca de los nidos de tiburones. Se lanzó a las aguas. Los yorubas mencionan otros hermanos. Bguiano, experto colmillero de la localidad sahariana, perteneciente a un ejército de hombres que afilaba continuamente sus dientes y mataba a las bestias selváticas con lucha cuerpo a cuerpo y mordidas. Bguiano se hizo de un grupo de bozales en la plantación en la que servía y les enseñó su habilidad. Luego prestaron juramento ante changó y a todo aquel que lo deseaba, le extirpaban de una sola mordedura, la vena más visiblemente palpitadora del cuello. Recordamos a Zeza, brebajero y confeccionador de hechizos, que sabía la combinación exacta de cada hierba de región venenosa para hacer cerrar los ojos, sin nunca más volver a abrirlos. Así fuimos, poco a poco mencionando ideas y algunos quedándose dormidos.

Yo bostezo y hago juramento, por las deidades de los vientos de las que dudo ya, que si soy capturada nuevamente, me las habré de cobrar con los niños.

5.

Petro me da toquecitos en el rostro para que despierte. Su rosada y familiar mirada me da de beber. Deposita en mi garganta agua y una medicina hecha de plantas analgésicas para aminorar los dolores de cuerpo. Hablabas en sueños, dice, y cuando se acerca el carcelero disimula murmurando las cuentas del rosario en latín. Luego usa pedazos de sílabas compuestas para explicarme que no soy una bestia. *Mbwa* /'m.bwa/ *perro*; *tembo* /*elefant*/*thembo*/*elephant*; *ne.nda* / *not* / *no*; *tú*/*toi*. Hay una rebelde empatía en su tono que me hace creerle y hasta sentir lástima por él. Murmuro en francés y se queda de una pieza ante el descubrimiento de mi dominio lingüista. Lo repito en castellano y en igbo. Petro me tapa la boca con su mano para que guarde silencio y no me descubran. Se acercan celadores. Dan de comer sobras de las haciendas aledañas a las otras dos mujeres que me acompañan en la celda, pero nada a mí. He sido declarada Negra Sediciosa e Insurrecta en los tablones públicos, identificada por mi lunar cerca del ojo, el carimbo en forma de P en mi frente y la oferta de recompensa por mi captura. Cuando se van, Petro extrae casabe que lleva escondido y me lo coloca en la boca, invitándome a que lo mastique poco a poco, no vaya a ahogarme. Las otras

mujeres comparten su agua conmigo. Todo me sabe a las golosinas que se confeccionan en el valle de nuestro río de origen, durante la ceremonia de máscaras.

Entre ruidos fricativos, guturales, chasquidos parecidos a los lamentos musicales de los tribales cuando son atrapados, posesivos aspirados, tartamu-deos, consonantes cortas, vocales largas, plurales y singulares con y sin apóstrofes, Petro me asegura que guardará el secreto. Lo único que quiere es saber, documentar esta violencia que se ha desatado en la humanidad, explica, esta histórica bestialidad. Hay frailes en las otras islas escribiendo crónicas sobre los eventos; yo quiero narrar este. Nos hacemos pasar por colaboradores de la corona, pero no es así. Juro que no voy a traerte líos.

¿Lo juras por tu dios?, le increpo, y cuando dice que sí, lo amonesto: Pero tu dios no tiene poder ni fuerza alguna, es indolente, débil, sin propósito. ¿Cómo permite esto? Petro asiente. Baja la cabeza en lo que únicamente puedo percibir como un gesto de vergüenza. Me pregunta en qué deidades creo yo y cuestiona si en ayé, oyá, obatalá. En ninguna, le digo y se me saltan las lágrimas. Todas nos abandonaron.

6.

Os juro que quise morir, Fray Petro, a ser usada como animal. Os juro que luego quise matar a todos, padrecito. *Nous allons reproduire une armée, kite a kwaze yon lame.* Eso me propuse. Eso nos propusimos las mujeres y corrimos la voz en los toques de tambores. *Hebu kuzaliana jeshi.* Repetimos lo mismo en los festines de música wolof, tuareg, bakongos, malimbo y los egba. Las noticias siguieron corriendo en cantatas a los balimbe, ovimbundu y el resto. Todas las que somos del Congo, y las que somos de Ibibio y las que somos de Seke o de Cabindala respondimos. *Let us breed an army.* Hagámonos un ejército.

El problema de los que oprimen, Fray Petro, no es la opresión en sí, es la subestimación que hacen del oprimido. Siempre presto atención al rostro de vitalidad o cansancio de aquellos que entran al cuerpo de una mujer sin su permiso. En mi aldea, si algo así llegaba a suceder, los transgresores eran castigados y se les cobraba una infracción según los bienes que poseían. Si un hombre ultrajaba a una mujer joven o madura, casada o sin marido, debía pagar con sus posesiones, y si no tenía ninguna, responder con la extirpación a sangre fría de algún órgano expuesto de su cuerpo; un brazo, una mano, un pie, alguna oreja, hasta la nariz. Las mujeres éramos animadas a defendernos, a golpear, morder, arrancar. Las cosas han cambiado desde que los negros iniciaron secuestros hacia otros negros y nos entregaron a los portugueses u

otros blancos, para transportarnos en nao. Ahora somos ins-tigadas a no defendernos porque le perte-necemos a un amo. El opresor tiene ese permiso, pero nos subestima.

Siempre presto atención al rostro de vitalidad o cansancio de aquellos que entran al cuerpo de una mujer sin su permiso, Fray Petro. Así me topé ante el rostro invadido de éxtasis del sereno de la otra cárcel, una tarde en que acababa de forzarme. No respetó siquiera que la sangre de ochún se me estaba resbalando por los muslos de mis días lunares. Cerró los ojos por un segundo, vaciado. Segundo que bastó para darme cuenta que estaba solo... que me tomaría poco esfuerzo. Echó la cabeza hacia atrás en un gesto de arrobamiento por su eyaculación y se distrajo. Lo mordí. Llevé mis dientes hasta su glánde y apreté virulenta, como los cerdos rabiosos. En principio intentó dar un golpe. Acto seguido cayó desorientado y herido, con gran dolor. Mientras se agarraba desequilibrado y gimiente en el suelo, retiré las llaves de la reja de su pantalón, abrí el cerrojo, volví a cerrarlo y fui una por una por el resto de las celdas. Liberé a ladinos, cimarrones y nativos. Y a las comadronas que vienen luchando conmigo.

7.

Curandera, yerbera, sobadora, comadrona. He impersonado todas las faenas de una esclava doméstica para acercarme primero a niños blancos recién nacidos. Siguiendo las directrices de la gran negra bruja apostada en la hacienda de la catedral de los dominicos Porta Coeli, los he santiguado y medicado contra los dolores de panza. Embadurno mis manos de mejunjes y coloco yerbas anestésicas en sus encías cuando le están saliendo los dientes. Los he puesto a mamar me los senos hasta que sale leche, para convertirme en su nodriza. Les hago cuentos, los desenredo con sus peines de plata, les abombacho las faldas de niñas de bien y los pantalones de señorito. Cocino para ellos, confecciono sus teses. Ordeño las ubres de sus vacas o cabras preferidas para darles de beber cuando gatean, o empiezan a caminar.

Voy ganando confianza. Todas las que hacen lo mismo que yo, y somos muchas, vamos ganando confianza. En-tonces me inicio ayudando a traer al mundo a los hijos de negras esclavas bozales. Son las negras más difíciles de domar, según los blancos. Yo soy en esencia una de ellas, pero me comporto como ladina. Hablo el español, visto de faldas y enaguas aún cuando trabajo de labranza en los campos, sé arrodillarme en las misas y las procesiones de vírgenes católicas inventadas. Nadie sabe que hablo lo que hablan los hausa, o los fulani, ni que me escondo detrás de las paredes a escuchar el acento de mis amos y sus visitas de milicia, para luego practicarlos en soledad.

Durante el veinteavo día de mi quinto encarcelamiento, se me extrae de la celda para adjudicarme los castigos físicos designados a mi condena. En el libro de la plantación aparecen anotadas todas mis infracciones: desobediencia, conducta desafiante, insolencia, vagancia excesiva, incitación a revueltas y en última instancia, las fugas. Ahora también esto, lo más grave. Una mestiza, a quien reconozco por haber estado en el último de los partos que oficié, amarra mis manos detrás de la espalda. Me empuja. Me escupe. El verdugo indica que soy parte de una raza animal, sin alma ni corazón. Un sacerdote declama los rezos del rosario que con tanta abnegación nos han enseñado en la casa de nuestros señores. Me ordena en castellano que los repita con él. En principio no lo hago, hasta que inician los azotes.

Recuerdo que el chamán de aldea entonaba una cantata para invocar las protecciones contra el dolor. Mentalmente juego a que los padrenuestros y las ave-marías hacen eso mismo. En un postrero intento de resistencia, logro desatarme las piernas y me arrastro maniatada. Me detienen algunos oficiales que me golpean más fuerte y que piden permiso para duplicar la flagelación. Pero un alto funcionario parece indicarle que no, y no lo hacen. No me pegan más.

De vuelta al calabozo, durante el recorrido, reconozco a Petro, que camina a mi lado. Me extiende su mano y yo se la doy. Escucho que he sido sentenciada a morir en la horca. Entonces me desmayo.

8.

A petición mía, Petro describe los últimos tres atardeceres que ha logrado ver desde algún balcón de la ciudad amurallada. *L'orange, la vanille, rose*. Sobretudo rosado. Le cuento que en mi aldea, los niños que nacen como él, y con los ojos de su color, son adorados y se les entregan a ellos y a sus padres regalos hasta que acumulan una pequeña riqueza. De grandes, son cortejados por los guerreros más valerosos del recinto y luego dados en matrimonio a los merecedores. Las primeras y segundas esposas de los guerreros colaboran en la selección.

La tarde en que toca mi sentencia, alguien debe raparme la cabeza. Petro pide permiso al monasterio de frailes al que pertenece para que le permitan officiar y poder brindarme los santos óleos. Pero resulta que no soy bautizada, y el asunto se desintegra. Al menos le permiten acompañarme en la procesión para subir hasta el patíbulo en donde la cuerda espera. Petro ve que permanezco impávida, me toma del rostro y repite el ritual confesionario. Ave María Purísima. Sin pecado concebida, contesto. Dime tus pecados, mi niña. Cierro los ojos y las lágrimas no caen. No tengo ninguno, exclamo. Él me abraza, improvisa un rito de cruces, trata

de mantenerme de pie. Los asistentes observan: lugartenientes, capi-tanes de barco, hacendados y sus esposas, púberes y chiquitines con miras a heredar alguna hacienda, una docena de negras comadronas acusadas por primera o segunda vez y los oficiales que las escoltan censuradores con la esperanza de que por mi condena escarmienten. Una nodriza blanca, de bebé blanco me rapa el cabello frente a todos. Los dueños que han perdido mercancías por mi culpa, aplauden.

Ndizi, qué les hiciste, necesito que esta y las demás atrocidades se sepan. Es mi secreto de confesión, padrecito, digo, perdóneme. Y él insiste: qué te tengo que perdonar.

Hay un silencio.

Y una revelación. En decibeles bajos, en dialecto nuestro, mío y de Fray Petro, le digo: Los ahogo en el balde de recolectar placentas, padrecito. Presiono sus negras gargantitas con mis dedos y los sofoco. O les asfixio con sus cordones umbilicales, incluso maniobrando antes que salgan del vientre. La madre no se da cuenta, o lo prefiere, o lo ha pedido... suplicando en lengua desconocida para el blanco. El acto, que puede ser muy sutil, pasa desapercibido por el velador de recién nacidos, que vigila procurando la sobrevivencia del futuro esclavo. Lo burlo. Lo burlamos. Si no puedo hacerlo durante el parto, más tarde les doy de comer frutos contaminados con sangre de mujeres con el tétano de las cadenas. O recojo diarreas expulsadas con pujos de disentería y las mezclo en las comidas y purés. A veces coloco el mejunje sobre el pezón de mis tetas y los lacto. O deposito casabe sin humedecer cerca de sus amígdalas y obstruyo las narices. No soy la única. Muchas me siguen. Hemos logrado un ejército.

Hay otro silencio.

Hago un recuento mental de palabras olvidadas. Replico sus sonidos. Articulo tocando el dorso de la lengua con la parte posterior del velo del paladar. Se forma una estrechez por la que pasa el aire aspirado. El aire no me llega. Siento mi úvula en medio de un resplandor. Soy toda una contracción vibratoria. Soy una faringe que se ahoga; luna, energía, coraje, eternidad.

Lo último que distingo son sus ojos rosados.